

## Guerrilleros, detectives y dictadores: los 60s, los 90s y las tempranas alarmas sobre el chavismo en *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* de Ana Teresa Torres

---

FRANCISCO ANGELES, MONMOUTH COLLEGE, ESTADOS UNIDOS

**S**i la pretensión de la autobiografía hispanoamericana ha sido siempre articular la propia vida a las gestas nacionales, como recuerda Gisela Kozak siguiendo a Sylvia Molloy, en la novela de Ana Teresa Torres *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999) dicha articulación pasa por la evaluación, y posterior decepción, de los proyectos utópico-revolucionarios de los años sesenta (Kozak 81-82). En este artículo voy a expandir esta lectura con un argumento en cierto sentido complementario: la novela de Torres pone de manifiesto que el deseo de alcanzar una vida épica a través de la revolución, paradigma de los años 60 latinoamericanos, no desapareció sino que fue reformulado en los 90. En lugar de la supuesta desaparición del antiguo deseo utópico, lo que surgió fue la búsqueda de una nueva manera de articularse al campo político que respondiera a una época en que los grandes proyectos colectivos parecían ya terminados. Para ello, analizaré cómo la búsqueda de un nuevo sujeto que articulara la gesta individual a la colectiva, después de la caída del Muro de Berlín se encontraba determinada por la emergencia del paradigma del detective. Después de discutir cómo ambos sujetos – guerrillero y detective– surgen desde un profundo individualismo que, de distinto modo, atraviesa las dos épocas, voy a argumentar que la continuidad entre los 60 y los 90 existía también entre las guerrillas venezolanas de los años 60 y el ascenso de Hugo Chávez a la presidencia el mismo año en que se publicó la novela de Torres. De esa manera, describiré cómo esta novela se posiciona en la discusión sobre un posible retorno a la lucha por el socialismo que luego marcó la década posterior en el continente a través de la llamada Marea Rosada.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> A partir de la elección de Hugo Chávez como presidente venezolano en 1998, accedieron a la presidencia de sus respectivos países Evo Morales en Bolivia en 2006 y Rafael Correa en Ecuador en 2007; en un segundo nivel, considerado menos radical pero no por ello excluidos como parte del mismo movimiento al menos en el imaginario y en el vocabulario intelectual y periodístico, Néstor Kirchner en Argentina en 2003 (continuado por su esposa Cristina Fernández desde 2007); Luiz Inacio Lula da Silva

*Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* está construida en gran parte por una serie de largas conversaciones entre el narrador de la novela y una mujer a quien el anterior se refiere como “mi interlocutora” (nunca se menciona el nombre de ninguno de los dos). Ambos personajes se conocen por azar en un bar caraqueño y, a pesar de que no existía entre ellos ningún interés erótico ni amical, empezaron a reunirse<sup>2</sup> en múltiples ocasiones para charlar sobre sus pasados. El diálogo se enfoca en la historia familiar del narrador, sobre todo en la de su hermano, antiguo militante político y luego guerrillero, desaparecido y supuestamente muerto. Ese hermano había dejado, escondidos en una caja de zapatos, unos manuscritos (apuntes de un diario íntimo y fragmentos de su autobiografía *La noche sin estrellas*) en los que narraba sus experiencias como militante revolucionario en los años sesenta. A partir de la lectura de esos materiales ocultos, primero en solitario y luego con su “interlocutora”, los dos inician un viaje al pasado que más tarde se materializa en viajes geográficos al interior de Venezuela —visitan lugares donde el hermano había pasado momentos importantes en su biografía— y finalmente a París, donde continuaron rastreando sus pasos. El presupuesto de esta novela, como sostiene Fabiola Franco (2003: 90-91), sigue la misma ruta que hasta ese momento había articulado la obra narrativa de Ana Teresa Torres, dedicada a rescatar la memoria histórica, y al mismo tiempo, vincular la memoria individual a la colectiva; más precisamente, como apunta Luz Marina Rivas, Torres escribe desde el punto de vista de “quienes sufren la historia pero no determinan sus giros” (2000: 224, énfasis mío).

Esta característica de papel secundario de los personajes de Torres se manifiesta en el hecho que desde el inicio de *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*, se plantean dos tipos de personajes: el que actúa y el que no. El hermano menor, narrador de la novela, encaja en la segunda categoría, ya que se asume como una persona solitaria y sin ambición: “soy poco discernible entre las multitudes, dado mi aspecto bastante común” (7), “todo lo que resalta me resulta repugnante” (125), e incluso “no me propuse nada que estuviera alejado de mis posibilidades concretas. Enterré a mis padres con serenidad y tristeza. *No formé parte, como mi hermano, de*

---

en Brasil en 2003 (seguido por Dilma Rousseff desde 2011); y en Uruguay por Tabaré Vázquez (2005, 2015) y José Mujica (2010).

<sup>2</sup> Ambos personajes coordinan ese segundo encuentro por una insólita coincidencia: la mujer está traduciendo del inglés una novela titulada *La segunda muerte de Eurídice*, nombre que coincide con el de la ex esposa del protagonista. Eurídice, la ex del narrador, había desaparecido misteriosamente en Nueva York dos décadas antes. Hija de inmigrantes italianos pobres, anti-comunista, admiradora de Mussolini, Eurídice es descrita como una mujer “vulgar” con la que el narrador había sostenido una relación también vulgar, que no hubiera tenido ningún interés si no fuera por la misteriosa desaparición con que concluyó su matrimonio.

*grandes proyectos colectivos, ni siquiera de pequeños proyectos colectivos. Me interesa muy poco lo que suceda a mi alrededor, a excepción de lo que pueda alterar mi rutina”* (230, énfasis mío).

A pesar de que el hermano mayor queda identificado como hombre de acción, ese esquematismo binario merece ser problematizado. Primero, porque dicho personaje no solo lucha sino que también *escribe*; es decir, se dedica a una actividad que, al menos para quienes resaltaban la necesidad de tomar las armas, era considerada opuesta a la acción en época insurgentes. Segundo, porque la lectura de los papeles encontrados en la caja de zapatos conduce al narrador a cierto tipo de acción. A diferencia de su hermano, esta acción no está dirigida hacia la búsqueda de transformación social, pero sí a actividades que de todos modos escapaban del acto de lectura per se. A partir de estas acciones en el mundo real, como los viajes señalados líneas arriba, aparecen en el mundo físico de la pareja de investigadores —el narrador y su interlocutora— personajes cuya existencia previamente les había sido revelada en los manuscritos del hermano mayor: su viejo amigo Alberto Araujo, su antigua amante rusa Irene Lirenov, y su última esposa Carmen Leonor. De ser figuras restringidas al ámbito textual, estos personajes pasan a materializarse y se convierten en el núcleo de su pesquisa, como si la experiencia del hermano hubiera llegado a suplantar por lo menos la de narrador. Por eso, después de conocer a la mujer, el narrador encuentra en la experiencia etérea del hermano perdido la posibilidad de una vida más épica que se superponga o incluso reemplace a la suya propia. Esto tiene como consecuencia la dificultad de separar una existencia de otra, como se demuestra en la siguiente conversación que sostiene con su interlocutora:

—*Me asombra su capacidad de perder el tiempo, de introducirse en circunstancias que no tiene nada que ver con su vida...*

—*¿Y qué es lo que tiene que ver con mi vida?*

—*No sé. No lo sé verdaderamente* (92)

La oposición entre lectura y acción —y el tránsito de una hacia la otra— tiene una larga tradición en la narrativa guerrillera. Esta discusión es el núcleo de un interesante texto sobre el guerrillero latinoamericano paradigmático (el Che Guevara) con el que la novela de Torres tiene más de un punto de contacto. “Ernesto Guevara, rastros de lectura” de Ricardo Piglia, propone la existencia de un lector radical, quien solo deja de leer cuando sale a vivir las aventuras que ha leído. De

acuerdo con Piglia, este tipo de lector quiere vivir lo que lee, por lo cual sale de los libros y pasa a la experiencia. Guevara es “el último lector” (título del libro que incluye ese texto) porque fue capaz de transformarse en hombre de acción. Esta transformación no implica que su esencia lectora ha sido cancelada; por el contrario, la pulsión política ya “forma parte de una tradición literaria: cómo salir de la biblioteca, cómo entrar en acción, cómo ir a la experiencia, cómo salir del mundo libresco, cómo cortar con la lectura como lugar de encierro. La política aparece a veces como el lugar que dispara esa posibilidad” (127).

La novela de Torres se inscribe en esa discusión, pero propone una variante al esquema de “último lector”: en *Los últimos espectadores del Acorazado Potemkin* el lector no abandona los libros para convertirse en agente de acción entendido en el viejo sentido revolucionario, sino para rastrear en el mundo real los restos de dicha lectura. Tomando en cuenta las diferencias entre sus contextos (Guerra Fría, imposición del neoliberalismo), podemos concluir que si en las décadas del 50 y 60 había sido posible salir de la lectura para tentar la conversión en revolucionario, en los 90 la posibilidad de acción abierta por la lectura se volvió más restringida: ya no está encaminada a transformar la realidad, sino tan solo a verificar e interpretar lo ocurrido.<sup>3</sup> Sin embargo, ambas actividades provienen del mismo origen, como recuerda Alan Badiou en *Philosophy for Militants* cuando señala que el marxismo se constituye siempre sobre la base de un gesto doble: como construcción analítica y como intervención política (xi). De esa manera, su “filosofía para militantes” (título que, en mi interpretación, resalta que su lector ideal es aquel que después de leer buscará trasladar la teoría a la acción) permite pensar que existen dos modalidades de práctica filosófica: una, como dispositivo de conocimiento; otra, de transformación. Ambas corresponden a los dos personajes que se plantean en la novela de Torres: al hermano guerrillero la lectura le servía como punto de partida para la acción, mientras que el menor busca poner en orden el caos textual para obtener una versión definitiva a partir de los fragmentos.

Más que resaltar las diferencias entre esos dos tipos de práctica filosófica, me interesa destacar, con Badiou, que ambas son modalidades de una misma actividad, por lo cual mantienen relaciones más estrechas de las que inicialmente podría haberse sospechado. Como detallaré en los siguientes párrafos, esas dos modalidades, la del guerrillero y la del detective, provienen por igual de un

---

<sup>3</sup> No es casual, por tanto, que la interlocutora sea traductora. Su trabajo de escribir ficción sobre la base de otra ficción evidencia un doble intento: reconstruir lo ficticio como si fuera real, y volver legible una experiencia oscura o enigmática.

profundo individualismo. Es interesante comprobar que esta continuidad, que se quiere presentar como ruptura, ha sido detectada también por Fernando Coronil cuando analiza los procesos políticos venezolanos del siglo 20. De modo particular, cómo

*uno de los trucos de prestidigitación más efectivos realizados en Venezuela ha consistido en relegar a [el gobierno dictatorial de Juan Vicente] Gómez al periodo “de atraso” del pasado venezolano. Al caracterizar su gobierno como encarnación de lo primitivo, los regímenes posteriores se han presentado, por contraste, como representantes de la modernidad. De este modo han encubierto que sus bases se asientan en el régimen de Gómez, con el que comparten la dependencia de la economía petrolera y la extraordinaria personalización del poder del Estado (2013: 14)*

Este mismo argumento podría extenderse, de modo inverso, es decir más como rastro (e influencia) en el pasado que como proyección hacia el futuro, a la novela de Torres. El hermano mayor de la historia sostiene con la lectura y la escritura un vínculo más cercano a la utopía. En uno de los cuadernos mencionados anteriormente, el narrador encuentra un relato titulado “Los subversivos”, que narra los planes de dos revolucionarios para atentar contra la vida del presidente de la república. El texto detalla un plan para aprovechar la visita presidencial al congreso y atacarlo con explosivos. Muchos años después de que su hermano escribiera ese texto, en la misma época en que el narrador frecuentaba a su interlocutora, ocurrió un fallido atentado contra el presidente. El ataque, tal como anticipaba el antiguo relato, se realizó con explosivos y mientras el presidente se dirigía al congreso. A consecuencia de este fracaso, resultó herido y arrestado Vicente Roig, un español de 72 años que había estado vinculado a las guerrillas en los años sesenta. El otro implicado andaba desaparecido.

Como la coincidencia con el relato escrito por el hermano décadas antes resultaba casi exacta, ambos sospecharon que el hermano mayor pudo haber sido el otro implicado. Comenta la mujer que ese fue “el acto subversivo de dos ancianos desesperados por la situación del país, que había dejado escrito como si se tratase de un ejercicio de ficción, fue una premonición, o una obsesión que llevó a cabo más tarde” (279). La inspiración para emprender acciones de política radical proviene en este caso de una fuente textual, más específicamente literaria.

Una segunda fuente para construir al sujeto revolucionario proviene del mito: construir la propia personalidad sobre la base de una figura de otra época. Pero en

este caso no a partir de una fuente historiográfica ni literaria sino de un relato familiar: el General Pardo, abuelo de los hermanos, quien casi un siglo antes había luchado contra el gobierno de Joaquín Crespo y más adelante “sin tener la menor idea de quién era Cipriano Castro, se suma a la Revolución Restauradora” (38). ¿Por qué el abuelo se volvió revolucionario?, se preguntaba el mayor en uno de sus escritos. “Fue reclutado e incorporado a la tropa un tanto a la fuerza pero también tentado por la aventura” (37), especulaba el manuscrito. La aventura en lugar de la utopía; la necesidad en lugar del ideal: descartar el impulso colectivo y reemplazarlo por uno individual demuestra que uno de los propósitos de la novela es desmitificar el impulso revolucionario. Para el caso específico de la insurgencia venezolana de los 60, este aspecto coincide con testimonios de antiguos guerrilleros como los de Argelis Rodríguez (*Entre las breñas*, 1965) y Ángela Zago (*Aquí no ha pasado nada*, 1972). En ambos casos, la experiencia guerrillera no fue más que un paréntesis dentro de una continuidad histórica para la cual no alcanzó a ofrecer ningún efecto relevante. En ese sentido, el título de Zago no solo se refiere a que la experiencia guerrillera concluyó sin haber producido ninguna consecuencia, sino que también puede entenderse de manera más literal: en su vida cotidiana como combatiente no ocurrió absolutamente nada digno de recordar. No hubo batallas, balas ni muertes: solo rutina y monotonía. Y esa carencia de épica terminó aniquilando la pulsión emotiva, el entusiasmo, el deseo de gloria, que también Argenis Rodríguez apuntaba como motivación primaria para salir a combatir.

Por lo tanto, existe una brecha entre lo que se deseaba y lo que se consiguió en el ámbito social; pero también entre lo imaginado y lo que efectivamente llegó a vivirse como deseo individual. Es posible que ese segundo fracaso hubiera sido el más frustrante para los combatientes. Como apunta Rodríguez, los focos guerrilleros venezolanos se formaron por circunstancias que poco tenían que ver con un plan serio de tomar el poder (1974: 31). Por el contrario, ser guerrillero parece ante todo una cuestión de imagen: una forma de aparecer ante las cámaras, ante los compañeros e incluso ante uno mismo:

*Aquello, repito, de que los hombres estuvieran allí, fuera de la carpa con las botas rotas, sin haber peleado todavía, aquello de que los hombres se fijaran tanto en sus barbas y se la pasaran mesándose las y mirándose en el río para sentir cómo les crecían, aquello me hizo sentir desdichado. Íbamos a morir de verdad, en medio de unas cuantas aclamaciones (las aclamaciones de los que nos habían metido allí), sobre un tablado derruido, todo lo más lejos del público grueso (32)*

Visto desde esta perspectiva, la lucha revolucionaria de los años 60 surgió más desde un impulso épico-vital individualista que desde el compromiso social o la convicción ideológica. El hermano mayor en la novela, sin embargo, fracasa en el intento de construirse una vida épica, ya que nunca encontró la plenitud deseada ni en las incursiones militares ni en sus múltiples encuentros sexuales con mujeres, dos actividades por las que en principio demostraba especial interés, pero que una vez conseguidas no lo satisficieron. “Mi hermano fue un político frustrado, un hombre muy frustrado” (29), declara el narrador. Lo que justifica esa sensación de fracaso es que nunca alcanzó la gloria personal: que este haya sido su objetivo último se evidencia cuando el narrador percibe que, a pesar de su filiación con la izquierda radical, en el fondo su hermano había sido una persona muy individualista. Buscaba la gloria histórica, dice, pero “lo mismo hubiera seguido a Bolívar que a Lister” (66): lo importante era la vida épica, la certeza de formar parte de algo importante.

Como queda registrado en los libros de Zago y Rodríguez, ese individualismo fue una grieta presente desde los años 60, y no un rasgo aparecido en la época neoliberal. Bajo esta perspectiva, el cambio de época no está marcado tanto por la salida del ámbito social para refugiarse en el individual, sino que lo individual siempre fue lo importante. La diferencia es que solo que en los 90 se le asume a plenitud, sin la coartada de los proyectos colectivos. Por esa razón, las experiencias de los hermanos no resultan finalmente demasiado distintas: el mayor escribe y el menor lee, pero ambos son impulsados por el deseo de trascender sus circunstancias cotidianas. En ninguno de los casos el deseo coincide con lo que supuestamente los anima: el mayor mira hacia el futuro (buscando la gloria personal como objetivo final de la transformación social), el menor hacia el pasado (menos para encontrarle un sentido a lo ocurrido en décadas anteriores que para brindárselo a su propio presente).<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Siendo ambos proyectos personales, el detective y el guerrillero son igual de susceptibles de sufrir fracasos individuales. Como el pasado es para el narrador enigmático, la única manera de completar las tramas es imaginando todo aquello sobre lo que carecen de información, por lo cual el discurso sobre el pasado termina reemplazando al pasado mismo. En una escena en que ambos personajes discuten las posibles circunstancias de la relación entre su hermano e Irene, su amante rusa, la interlocutora sentencia: “Nunca más se verán, a menos que nosotros decidamos otra cosa” (160). En consecuencia, una vez terminada la labor del detective, y aceptando que algunas zonas aún permanecen en la indeterminación, la historia pasa a ser construida (y no reconstruida) sobre la base de los cuadernos y los testimonios que consiguen durante su investigación. Por eso, al final de la novela el narrador señala sobre la muerte de su hermano: “prefiero pensar que murió de un cáncer, como cualquiera” (277). La mentira, la ficción y la utopía, que serían distintos modos de completar la ausencia de lo que no se conoce, opera de modos distintos: en los 60 escribiendo sobre una gloria revolucionaria esquiva (el relato que se

El caso de Alberto Araujo, amigo de infancia y luego compañero del hermano mayor en la guerrilla, ejemplifica el deseo de gloria individual como objetivo último. Escribe el narrador: “Alberto [Araujo], desde la cúspide militar, y mi hermano, desde una tribuna de orador incendiario, serían los gestores de una nueva patria y sus restos acogidos en el Panteón” (113). Lo que ocurrirá con los cuerpos después de la muerte (los restos que van a descansar al panteón de los héroes) resalta la gloria individual en el discurso con que se planeaba un devenir revolucionario en los años 60. La frase también destaca otro aspecto de relevancia: que la revolución debía pelearse en dos ámbitos que, como detallaré a continuación, ya desde esa época se consideraban complementarios. Esos dos espacios son el ámbito civil y el militar, que en la novela de Torres se encuentran representados por el hermano y por Alberto Araujo, respectivamente. Ambos son también los elementos que en décadas posteriores convergieron para que se pudiera constituir la Revolución Bolivariana: las circunstancias especiales por las cuales en Venezuela se consideraba propicio que la transformación social pasara por la intervención militar.

A partir de los elementos que presenta la novela, voy a examinar el chavismo como un fenómeno insertado en una tradición que al momento de su aparición ya llevaba décadas de gestación. Por tanto, el ímpetu revolucionario que cristalizó con la subida de Hugo Chávez al poder en 1999, ya anunciado en el intento de golpe de estado de 1992, provenía de una tradición existente desde décadas antes. La continuidad entre las luchas de los 60 y el régimen chavista es difícil de cuestionar, ya que se la acepta tanto desde el apoyo absoluto al chavismo como desde su condena más radical. Propongo aquí dos casos que ejemplifican las diferentes posiciones dentro de la izquierda. Desde espacios opuestos, unos y otros basan el análisis de la emergencia chavista en la secuencia de eventos que se inició durante la lucha contra la dictadura de Alfredo Pérez Jiménez en los años 50. A favor del chavismo, destaco la lectura leninista y semi-teleológica de George Cicariello-Maher en *We Created Chavez* (2013), que traza una especie de evolución/perfeccionamiento estatal desde las guerrillas hasta la Revolución Bolivariana, a la que considera el producto más acabado de poder dual en Latinoamérica. En contra del chavismo, dentro del espectro de la izquierda radical destaco al antiguo guerrillero Douglas Bravo,<sup>5</sup> quien consideraba al régimen

---

adelante a su materialización), en los 90 ofreciendo una versión final que, apuntalada por la invención, se acepta como verdadera.

<sup>5</sup> Bravo adquirió celebridad internacional después de que fundó el Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos en 1962, y cuando a partir de 1966 dirigió el Partido de la Revolución Venezolana (PRV), cuyo brazo armado fueron las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y del que Hugo Chávez fue miembro hasta 1986, cuando se produjo su ruptura con el grupo anterior que venía desde la guerrilla. De



chavista como una derecha disfrazada de izquierda. Unos y otros, sin embargo, defienden la continuidad entre guerrillas y chavismo, y sus diferencias no aparecen hasta evaluar los resultados. Lo mismo ocurre desde posiciones intermedias. Con menos entusiasmo que Cicariello-Maher y menos crítico que Bravo, el investigador del chavismo Alberto Garrido señala que el pacto entre Hugo Chávez y Francisco Arias Cárdenas —en ese momento cercano a la Alianza Revolucionaria de Militares Activos (ARMA)— en 1986, Douglas Bravo fue desplazado como centro del movimiento revolucionario, pero no así sus tesis guerrilleras, que simplemente cambiaron de poseedor y desde entonces comenzaron a ser usadas por los círculos más cercanos a Chávez.

El método para alcanzar el poder, tal como después quedó reflejado en la novela de Torres, se basaba en una alianza entre masas populares y fuerzas armadas. El frustrado golpe contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez el 4 de febrero de 1992, con el que se intentó acabar con el llamado Punto Fijo,<sup>6</sup> constituyó la primera irrupción visible de un poder popular encarnado en las Fuerzas Armadas. Este frustrado intento puede ser percibido tanto como el clímax de un proceso cuyo origen se remontaba a los años 50, como también el punto de partida de la posterior Revolución Bolivariana. De acuerdo con Douglas Bravo, esto último sería una manipulación para apropiarse de los eventos de los 50 y 60 por parte de la “historia oficial del chavismo” (Garrido 11). Repasando los textos de Bravo incluidos en La otra crisis (en coautoría con Argelia Melt, 1991) y en *Conversaciones con Douglas Bravo* de Alfredo Peña (1978); y *La guerra del pueblo* (1970) del también guerrillero Fabricio Ojeda (1929-1966),<sup>7</sup> encontramos una serie de coincidencias que

---

esa manera, Bravo se instaló como candidato natural a cubrir la típica ansiedad latinoamericana de la época por encontrar análogos a los líderes de la Revolución Cubana. Por ello, se le señaló como el posible “Fidel venezolano”, lo que fue reafirmado cuando Regis Debrays arriesgó su vida al internarse en la zona guerrillera de Falcón, en 1963, con el propósito de entrevistarle clandestinamente (Garrido, XXXV).

<sup>6</sup> También conocido como Pacto de Nueva York, el Punto Fijo fue el acuerdo entre tres partidos venezolanos firmado después de la caída de la dictadura de Marco Pérez Jiménez en 1958: Acción Democrática (AD), Unión Republicana Democrática (URD) y COPEI, dejando de lado al Partido Comunista Venezolano. Posteriormente, con la salida de URD el sistema redujo el sistema político venezolano a un bipartidismo que controló el poder hasta el triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de fines de 1998.

<sup>7</sup> Fabricio Ojeda, tal como indica la reseña biográfica del libro de testimonios de Garrido, representa un caso paradigmático para la izquierda latinoamericana de la época: primero fue periodista opositor durante el régimen de Pérez Jiménez; luego, elegido diputado tras la caída de la dictadura; más tarde, desencantado de la política formal, renunció a su actividad parlamentaria y se incorporó al movimiento guerrillero. Asesinado por el ejército en 1966, Ojeda fue en palabras de Douglas Bravo “la principal figura política del movimiento guerrillero y el dirigente más conocido por la opinión pública” (Peña 124). Tras la expulsión de Bravo del Partido Comunista Venezolano (PCV) en 1965, se organizó el Frente de Liberación Nacional (FLN) como un intento de articular las fuerzas dispersas. Ojeda fue elegido Presidente del Comité Ejecutivo y Bravo designado Primer Comandante de su aparato militar —FALN (Ojeda 2006, 4).

determinan el lineamiento general que se planteaba como método de lucha. Primero, ambos pensaban que la guerrilla era la herramienta adecuada a utilizar; segundo, que la especificidad del proceso venezolano se encontraba en la penetración revolucionaria del espacio militar. Ojeda señala que, a diferencia de lo que ocurría en otros países latinoamericanos, los oficiales de origen burgués en las Fuerzas Armadas Venezolanas “no llegan al uno por ciento, y las tropas son exclusivamente de origen obrero y campesino” (2006, 59). Por esa razón, la posibilidad de utilizar en beneficio propio el ejército era uno de los potenciales que diferenciaba a Venezuela de otros países (mientras que, desde el punto de vista económico, el gran diferenciador era la inmensa riqueza petrolera de la que disfrutaba el país, tal como analiza Fernando Coronil en *El Estado mágico*) y permitiría el éxito de la revolución.

De acuerdo con Douglas Bravo, las acciones revolucionarias emprendidas por sectores militares ya habían sido importantes al derrocar la dictadura de Pérez Jiménez (“una acción combinada de rebelión militar y de insurrección popular”, 57). Bravo sostiene que la común oposición a Pérez Jiménez acercó al Partido Comunista y las Fuerzas Armadas en 1956, con lo que se empezó a construir el puente que uniría revolución y militarismo. Ninguna de las dos partes buscaba un simple tránsito a la democracia formal, una de esas transiciones que finalizan un periodo dictatorial, pero dejan inalterado el ordenamiento económico instaurado durante ellas—como ocurrió en Chile y Argentina tras el final de las dictaduras militares. La analogía con el caso venezolano no es gratuita: si en el Cono Sur del continente se estableció un discurso que exaltaba las bondades del retorno a la democracia como un bien per se, lo que permitía ocultar la permanencia de los modelos económicos neoliberales implementados durante las dictaduras, en Venezuela ocurrió una situación semejante con el ascenso al poder de Rómulo Betancourt después de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez en 1959. Sin embargo, la situación venezolana en aquella época anterior a la imposición del neoliberalismo mantenía una ventaja con respecto a su tardía contraparte del sur del continente: la existencia de un fuerte discurso antiimperialista, extendido desde los 50, dificultó promover la idea de que recuperar la democracia era por sí mismo un cambio suficiente. Por esta razón, a inicios de los 60 se pensaba que un cambio en el régimen político —de dictadura a democracia— no bastaba, sino que también se requería un cambio en la dirección de la economía, lo que para aquella época significaba un tránsito desde el capitalismo hacia el socialismo.

Estas ideas comprueban la continuidad entre las acciones de los 60 y los 90, pero también remarcan la crítica a las gestas guerrilleras que presenta la novela de

Torres. De manera particular, la crítica a un posible gobierno militar como eje de una futura transformación, lo que queda simbolizado en el fracaso del hermano del narrador y su camarada Alberto Araujo cuando intentaron materializar la combinación ente “pueblo” y fuerzas armadas –a consecuencias de sus acciones insurgentes, el primero debió refugiarse en la hacienda familiar y el segundo cayó preso. Pero al mismo tiempo existía un problema más profundo que también detecta la novela de Torres: los conspiradores no tenían ningún plan político para el momento posterior al triunfo de la revolución. De este modo, la perspectiva histórica le permite a la novela avanzar una crítica a una posible reiteración de la experiencia de la revolución militarizada, que fue lo que ocurrió después con la llegada al poder de Hugo Chávez. En un episodio de la novela, cuando la interlocutora le pregunta al narrador sobre las posibles ideas políticas de su hermano y Araujo para un posible gobierno, el narrador responde: “¿Cuáles eran sus ideas políticas? No lo sé, me temo que no pasaban del acto de la toma del poder” (113).

Douglas Bravo también señala que la alianza entre guerrilleros y militares revolucionarios nunca fue capaz de definir qué tipo de gobierno emprenderían después de cumplir el objetivo de derrocamiento. Si bien se corría el riesgo de “no valorar correctamente el papel de las tendencias patrióticas y democráticas de las Fuerzas Armadas” (Peña 45), también existía el problema opuesto: ya no que los militares revolucionarios quedasen excluidos del proceso de transformación después de tomar el poder, sino que se ubicaran en el núcleo del mismo, tal como años después ocurrió con el régimen chavista. El liderazgo individual excesivo, de modo especial si llegaba desde el ámbito militar, era peligroso; y el germen para caer en ese peligro ya se encontraba en la búsqueda de figuras modélicas a las cuales seguir sobre las cuales se construyeron las guerrillas latinoamericanas.

Antes de abordar cómo queda representado este proceso en la novela de Torres, retomemos brevemente el texto de Piglia sobre Guevara para discutir la importancia de la figura individual. En “Ernesto Guevara, rastros de lectura” se menciona que a pesar de que el Che había venido leyendo a Marx desde 1945, “esas lecturas no convierten a nadie en guerrillero” (124). Como, de acuerdo con Piglia, la lectura no basta para producir al sujeto revolucionario, el hecho definitivo fue su encuentro con Fidel Castro en México en julio de 1955. “Castro lo encuentra [a Ernesto Guevara] a las ocho de la noche y lo deja a las cinco de la mañana convertido en el Che Guevara”, escribe Piglia (130). De esa manera limita la construcción del nuevo sujeto a un hecho contacto material (la conversación de esa noche de julio de 1955), de lo cual puede concluirse que la lectura está condenada a no producir ningún

efecto práctico por sí misma, y es el liderazgo individual lo que termina gatillando la acción. Pero es ese mismo liderazgo lo que, al mismo tiempo, deja sembrado el riesgo de un posible autoritarismo futuro.

Algo semejante ocurre en la novela de Torres. Cuando los protagonistas discuten sobre Alberto Araujo, el narrador dice: "Quizá Alberto Araujo no haya sido tan importante en la vida de mi hermano. Sinceramente responsabilizo más al general Pardo. Muchas veces he pensado que Marx y compañía fueron el barniz ideológico de toda su actuación política" (119). Aunque tanto Torres como Piglia mencionan explícitamente a Marx como una de las fuentes de la construcción del sujeto revolucionario, en ambos casos fue requerida la presencia de un personaje concreto que sirvió como modelo –en Piglia, el mismo Fidel Castro; en Torres, el abuelo Pardo. Por tanto, aunque la historia y la influencia de la lectura sirven como marco para desencadenar el deseo de acción política, en ambos existe también una figura a la cual seguir o emular (Castro, Araujo, el abuelo), que apunta al individualismo implícito en el deseo de convertirse en líder de un movimiento social.

Existen otros elementos que sirven para trazar un paralelo entre las experiencias cubana y venezolana. La relación entre ambos procesos se manifestó desde un inicio como un deseo por cumplir al menos desde el lado cubano, ya que por largo tiempo el régimen de Fidel Castro estuvo interesado en la riqueza natural, sobre todo petrolera, de Venezuela como un posible aliado para su lucha. Este deseo alcanzó uno de sus picos culminantes en la operación, planificada personalmente por Castro, que culminó con el frustrado desembarco de un grupo de guerrilleros en el puerto venezolano de Muchurucuto en 1967.

Por otro lado, ambas experiencias también mantenían algunas diferencias. Para los objetivos de este trabajo, uno central tiene que ver con la posesión de la tierra. Como el mismo Ernesto Guevara afirma en *Guerra de guerrillas y Pasajes de la guerra revolucionaria*, la lucha por la tierra fue uno de los elementos centrales de la Revolución Cubana. Por esa razón, antes de capturar el aparato estatal la guerrilla estableció en territorio cubano una serie de proto-Estados en diversas zonas, donde los guerrilleros establecieron escuelas, instancias de administración de justicia, funciones básicas organizativas, etc. (*Guerra de guerrillas* 127, 128, 141, 143). Por el contrario, el deseo insurreccional venezolano, de acuerdo a la novela de Torres, partió de la efectiva posesión de tierras y de armamento militar, por lo que sus objetivos debían centrarse en la captura del poder estatal. Por tanto, aunque distintos puntos de partida se planteaban el mismo destino, la marca de origen dejó trazas en el accionar posterior.

Desde esta perspectiva, siguiendo la novela de Torres podemos explicar que las guerrillas fracasaron porque conservaban la toma del poder como objetivo principal, sin pasar por una etapa previa en la cual pudieran conseguirse objetivos a pequeña escala, que en el caso cubano terminaron siendo fundamentales para que la empresa revolucionaria continuara su rumbo hacia la toma del poder. En el caso venezolano, si los rebeldes ya eran previamente los dueños de la tierra, tal cual presenta la novela de Torres, cualquier cambio mínimo en espacios físicos más pequeños resultaba innecesario. Por tanto, más que cambios efectivos en la vida cotidiana, lo deseado era la épica y la gloria, lo que pasaba necesariamente por la espectacularidad: tomar el poder, atentar contra el presidente, convertirse en gobierno.

A partir de esas circunstancias, la interlocutora infiere características no solo venezolanas sino latinoamericanas: “Cuando llegaron esa pila de campesinos hambrientos a lo que son los Estados Unidos, ¿cree usted que buscaban la gloria, el protagonismo, la historia? ¡Por favor! Lo único que querían era cultivar alfalfa en paz y ser protestantes a sus anchas (119)”. La oposición entre ambas formas de acción política persiste, y se condena aquella que buscaba la gloria en lugar de objetivos de alcance inmediato y cotidiano. La traductora identifica este deseo con la tradición hispana, y dentro de ella inscribe al hermano desaparecido:

*Mientras los otros [los norteamericanos] se fajaban a cortar troncos, los españoles se dedicaron a escribir montañas de papeles explicándolo todo: en qué orden debían sentarse las autoridades de la Catedral, cuántos céntimos de real se habían gastado en el arreglo de una iglesia incendiada, cuántas cruces había que sacar en la procesión de la virgen, de qué color se podían vestir las esclavas, y cuántos muertos habían quedado de un terremoto. Aquí hubo un furor por consignar... Aquí hubo una vocación histórica, comprende, aquí nos gusta que la gloria, la desgracia y el vituperio queden registrados. En cambio, a ellos les importó un pepino la historia (120)*

Esta cita evidencia dos maneras opuestas de proceder: por un lado la acción directa, desinteresada del registro —en la que, de acuerdo con la traductora, se esforzaron los norteamericanos—; por el otro, la palabra y la tradición, que sería el fundamento hispano en el que se inscribe Venezuela y, por tanto, el hermano del narrador. “A la vista están los resultados”, decreta la mujer. Visto de este modo, la conquista cultural y económica de los territorios norteamericanos se constituyó en una versión radical de aquello a lo que aspiraban las guerrillas: transformar las condiciones inmediatas sin aspirar a ningún poder que excediera esas fronteras.

Mientras tanto, del otro lado quedan la escritura, con su deseo de permanencia, gloria, consagración. Pero también su escaso efecto al intentar construir una sociedad a partir de un corpus textual, lo que conduce necesariamente al fracaso.

Una de las frases citadas al inicio de este artículo (“no me propuse nada que estuviera alejado de mis posibilidades concretas”, 230) puede entenderse ya no solo como una marca de personalidad, sino también como posición política: solo se debe actuar en aquello sobre lo que se tiene injerencia. Y en los años 90, el rango de acción está limitado al papel de testigo, detective, investigador. Una vez cancelada la posibilidad y el deseo de glorificación personal dentro de un marco político de alcance nacional, la novela de Torres simboliza en los hermanos dos maneras de aproximarse a la vida social, una a través de la gran política subversiva, el otro desde la pequeñez y la modestia. “Vivir dentro de una novela policial [...] me resulta excitante” (196), sostiene el narrador cuando planean la búsqueda de Vicente Roig, el viejo camarada de su hermano. Esto demuestra la necesidad de recuperar, aunque sea a través de la falsificación, la épica perdida.

Pero todo eso es transitorio: por eso el título de la novela remite a espectadores y a una película paradigmática de la insurrección como *El acorazado Potemkin* (1925). Ser los “últimos” en aproximarse a esa experiencia insurgente a través de la lectura de los manuscritos del hermano cierra, en la perspectiva de la novela, una etapa de la historia venezolana. Después de ella no hay más posibilidad de acción política. El gesto de clausura es tan radical para la gran política insurgente que, en retrospectiva, se critica incluso haber imaginado ese futuro utópico que animó a miles de militantes latinoamericanos, influenciados por el éxito de la Revolución Cubana, a seguir esa misma vía. Esta cancelación retroactiva queda evidenciada en la siguiente cita:

*Reconozco que mi hermano tuvo una vida interesante, en algunos momentos heroica. Y, sin embargo, ¿qué quedó de ella? La caja de zapatos... Proponerse la vida como una colección de insignias que deben ser obtenidas a costa de sacrificios e incomodidades, de sufrimientos, de aspiraciones maltrechas, para finalmente dejar una caja de zapatos, me parece una empresa de locos (127, énfasis mío)*

Más adelante, hacia el final de la novela, también descarta la posibilidad de un momento en que resulte necesario evaluar lo conseguido:

## Polifonía

*él [su hermano] escribió La noche sin estrellas como si un lector histórico estuviese esperando aquellos testimonios, como si el juez del Juicio Final le reclamase la consignación de su vida para el Archivo Total de la Aventura Humana [...] como si de los más preciados recuerdos de la humanidad se tratase. Yo he llegado a ese lector histórico, a ese juicio final. Los he desenmascarado: no existen. Son una impostura. No existe Juicio Final (306)*

La novela termina entonces con una toma de posición: el hermano guerrillero fracasó, su utopía nunca tuvo sentido, fue tan inútil como la política restringida a la recopilación de datos. La inutilidad de cualquier intento de trascendencia que manifiesta la novela coincide, como adelanté arriba, con el ascenso de Hugo Chávez al poder. Más allá de las intenciones de la autora, esta novela puede leerse como una intervención, voluntaria o no, en esa discusión. La crítica más específica apunta a un culto individualista que termina siendo peligroso. Por ello, *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* es una novela que adelanta una crítica a los peligros que traería un posible régimen como el que estaba a punto de comenzar. El sujeto venezolano, que ha pasado de guerrillero a detective, no ha cambiado en absoluto en su deseo de transformar nada más que su propia vida y otorgarle épica y cierta gloria individual. Por esa razón, cuando regresa a Caracas tras las pesquisas finales en París, una vez terminada la investigación, se siente muy tranquilo: “al día siguiente de mi llegada volví a mi rutina y comprobé que todo seguía más o menos en su lugar... Mi vida me estaba esperando donde la había dejado y me reinstalé en ella, contento de volverla a encontrar” (305).

Después de haber sido “espectador” no solo del fracaso de un sueño utópico, sino también de su inutilidad, todo rastro de aquella experiencia se ha desvanecido: un tiempo después el narrador vuelve a La Fragata y nadie lo recuerda. A pesar de haber sido fiel cliente durante unos meses, no lo reconocen ni el dueño ni el mesero del bar. Todo ha quedado enterrado: en esa tradición de “aquí no ha pasado nada”, como el título del libro de Ángela Zago, se inscribe la novela de Ana Teresa Torres porque los dos modos de individualismo que, a pesar de sus diferencias, los dos hermanos encarnan por igual anulan la posibilidad de construir algo nuevo. Pero el libro también deja abierta una promesa: la condena a un posible régimen como más adelante fue el chavismo no necesariamente implica la aceptación del orden neoliberal, pero sí una crítica a la posibilidad de un poder militarizado totalitario. A esa totalidad se opone el fragmentarismo de las notas del hermano. La noche sin estrellas –título de la autobiografía incompleta del hermano— no es solo una carta de duelo personal por nunca haber alcanzado la gloria que se esperaba, sino sobre todo el deseo utópico de una transformación que ya no pasara por un poder central.

Una política sin “estrellas”, sin ese culto individualista que definía a los movimientos revolucionarios. Los “espectadores” son los “últimos” porque la película guerrillera es incapaz de ofrecer ninguna solución futura. Esa renuncia también incluye la promesa de una futura acción que se encontraba, al momento de la publicación del libro, todavía por definir.

### Obras citadas

Badiou, Alain. *Philosophy for Militants*. London: Verso, 2012.

Bravo, Douglas y Melet, Argelia. *La otra crisis. Otra historia, otro camino*. Caracas, Orijinal Editores, 1991

Cicariello-Maher, George. *We Created Chávez. A People's History of the Venezuelan Revolution*. Durham: Duke University Press, 2013.

Coronil, Fernando. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa, 2013.

Garrido, Alberto. *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela. Testimonios de Douglas Bravo, William Izarra y Francisco Prada*. Caracas: José Agustín Catalá Editor, 1999.

Franco, Fabiola. “Infinitamente desaparecidos: dictadura del olvido, democracia en la negación (Análisis de *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* de Ana Teresa Torres). *Memorias y olvidos: Autos y biografías (reales, ficticias) en la cultura hispana. Cultura Iberoamericana* 16. Valladolid: Universidad Castellae, 2003, pp. 89-95.

Guevara, Ernesto. *La guerra de guerrillas*. Montevideo: Provincias Unidas, 1968.

---. *Pasajes de la guerra revolucionaria: Cuba 1959-1969*. La Habana: Editora Política, 2003.

Kozak, Gisela. “De Eisenstein a Fassbinder, de la revolución a la desesperación: Los últimos espectadores del acorazado Potemkin de Ana Teresa Torres”. *Iberoamericana*, Nueva época, Año 6, No. 23, septiembre de 2006), pp. 77-89.

Ojeda, Fabricio. *La guerra del pueblo*. Caracas, Editorial Domingo Fuentes, 1970



*Polifonía*

---. *Hacia el poder revolucionario*. Caracas, Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, 2006

Peña, Alfredo. *Conversaciones con Douglas Bravo*. Caracas, Editorial El Ateneo, 1978

Piglia, Ricardo. "Ernesto Guevara, rastros de lectura". En: *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005, pp. 103-138.

Rivas, Luz Marina. "Los caminos de la memoria femenina: de la escritura íntima a la novela histórica". *Iberoamericana*, No. 2/3 (78/79), Cultura, Historia y Literatura de Venezuela, 2000, pp. 224-240.

Rodríguez, Argenis. Entre las breñas. En *Obras Escogidas. Volumen 1*. Caracas: Editorial Fuentes. S.R.L., 1974.

Torres, Ana Teresa. *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1999.

Zago, Ángela. *Aquí no ha pasado nada*. Caracas: Síntesis Dosmil, 1972.